

**Asociación Psicoanalítica Mexicana.
Conferencia Anual
"Dr. Francisco González Pineda." "Lo mexicano"**

**Pedro Páramo: identidad en conflicto.
Estudio psicoanalítico aplicado a una obra literaria**

Pablo A Cuevas Corona

Psiquiatra psicoanalista jefe de servicio. Servicio de psiquiatría del Centro Neurológico del Centro Médico ABC.

"Todo hombre mata lo que ama"

Oscar Wilde: La Balada de la Cárcel de Reading

Tres desilusiones ha tenido, graves, la humanidad. Las tres, producidas por pensadores e investigadores que se cuestionaron "la verdad" de su tiempo, y en su tiempo la modificaron. Quizás no sean verdad en el futuro, pero con ellas vivimos en nuestro mundo actual. La primera se la debemos a Ptolomeo: La Tierra no es el centro del Universo, el infinito es mucho más grande de lo que podemos imaginar y acaso no tenga un centro. El autor de la segunda fue Darwin, quien todavía nos tiene ocupados buscando el eslabón perdido que habrá de ratificar que no somos criaturas de Dios, sino productos de una ley de la evolución y de la supervivencia del más fuerte, aunque seamos una especie poderosa y el poder se haya vuelto contra nosotros mismos. El tercer golpe al prodigioso narcisismo humano lo suscribió Freud, cuando nos hizo ver que tampoco somos dueños totales de nuestra conducta porque está regida por las leyes de lo inconsciente que ocupa tres cuartas partes inaccesibles de la mente.

Con golpes tan bajos que hemos recibido, difícil es recuperarse de estas aseveraciones. Y por si fuera poco, al momento en que nacemos dejando atrás el paraíso perdido, debemos dominar y resolver los problemas psicológicos inherentes a nuestra inmadurez biológica que nos hace ser interdependientes durante toda la vida. Así, debemos dejar a un lado la afrenta narcisista, el complejo-dilema de Edipo, la rivalidad con los hermanos, renunciar a las terribles dependencias pasivas infantiles, sacar de no sé dónde un profundo sentimiento de seguridad y autonomía, desarrollar un sentido de lo moral, lo solidario, de lo profundamente humano a fin de cuentas.

Agregado a lo anterior, tenemos que poner en sintonía, o tratar al menos, los dos sistemas que nos rigen, el inconsciente y la vida despierta, consciente. Este último es relativamente fácil de controlar, casi siempre nos damos cuenta de él. El problema reside en el otro, en lo inconsciente que se nos presenta en forma de sueños y pesadillas, equívocos al hablar, fantasías complicadas o de las comunes y corrientes, ensoñaciones, ideas fuera de lo común, errores en el nombre de quien tenemos enfrente, confusiones de las situaciones que vivimos o que hemos vivido, etcétera, etcétera.

Y hay más todavía: nos es obligatorio comprender las leyes de la naturaleza que gobiernan nuestro entorno, manejarlas y manipularlas para obtener satisfactores básicos a través del trabajo y del sacrificio. Si lo logramos, suponemos que con todo ello seremos felices.

He pensado siempre que una gran parte del logro reside en la actitud de cada persona. Y en esa actitud incluyo el interés genuino, espontáneo, natural, auténtico del niño por conocer y aprender todo lo que le rodea, y la forma en que aprendemos todos, la de utilizar para ello el lenguaje, como sea, hablado, corporal, lenguaje de actitudes, escrito, leído, lenguaje musical, visto, lenguaje escuchado, tañido, golpeado, lenguaje de arquitectura y de formas, de arte y creación, lenguaje olvidado y presente.

Y en este aspecto, me imagino a la palabra escrita como el medio universal para comunicar, el que da respuesta a las preguntas del interior, a la comunión con y al conocimiento del otro, del lugar, del sitio. Con el lenguaje escrito y lo que evoca dentro de cada uno, la imaginación creativa hará el resto. Leer y escribir son la posibilidad de vivir no sólo momentos aislados de la vida, sino de lograr una plena consciencia de nuestra existencia y darle un significado, siguiendo a Betelhe-

im (1976):¹ “Todos tenemos una gran necesidad de alcanzar y encontrar el significado para nuestra vida. Quienes pierden el deseo de vivir y ya no luchan, es porque el significado los ha abandonado”.

Este trabajo es un ejercicio de psicoanálisis aplicado a la literatura, basado en la suposición de que los autores literarios poseen la envidiable capacidad de comprender profundamente la naturaleza humana, de manera que pueden crear personajes de manera realista.

Los primeros antecedentes de la utilización de los hallazgos psicoanalíticos en el estudio del arte, la historia y la literatura, se remontan a la correspondencia entre Freud y Fliess entre los años 1895 y 1897, en especial la carta 91, en la que hace mención del folklore, la antropología, las obras de arte dramático (*Hamlet*, *Edipo Rey*) y algunos escritos medievales (*Malleus Maleficarum*) como datos de interés para el estudio y su posible incorporación a la nueva teoría psicoanalítica.

Tiempo después, en 1898, aparece la primera aplicación explícita del sensible método psicoanalítico a la literatura, cuando Freud sujetó a investigación analítica una pequeña y poco conocida novela llamada *Die Richlerin*, del escritor suizo Conrad Ferdinand Meyer, un autor de la preferencia personal del descubridor del inconsciente. (Niederland, 1960).²

De manera más amplia apareció después (en 1907)³ el artículo acerca de los sueños en la novela *Gradiva* de Jensen, en el cual mostró la universalidad de los fenómenos psíquicos inconscientes observables, incluso, en la aparente “invención” de personajes, de modo que la novela puede ser vista, primero, como el crisol donde se vuelca la fantasía del autor y su material biográfico infantil; y segundo, como un producto final y acabado en el que se presenta algo que fue real en algún tiempo, traducido al lenguaje escrito, con todos los matices que caracterizan las relaciones humanas.

Muchos artículos siguieron a éste: *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci* en 1910, luego se publicó la primera biografía psicoanalítica denominada *Notas Psicoanalíticas acerca de un caso de Paranoia* en 1911, mejor conocido como el caso Schreber; y, poco antes de morir, escribió *Moisés y el Monoteísmo* en 1939. Para Freud, el interés científico del psicoanálisis reside en la posibilidad de revelar aquella región que se sitúa entre la realidad y el mundo imaginario de la realización de deseos; en tanto que el interés estético se relaciona con la compleja estructura de los mecanismos sublimatorios que dan lugar a la creatividad.

El campo del psicoanálisis aplicado no está exento de riesgos, ya que el investigador realiza su trabajo casi exclusivamente con documentos escritos, datos

bibliográficos y biográficos, recuerdos, cartas, diarios y otros ejemplos de testimonios preservados. El margen posible de error es considerable y se puede equivocar el rumbo al carecer de fuentes auténticas o al tener información inapropiada; o más aún, caer en un sesgo personal por las propias tendencias y propensiones conscientes e inconscientes. Otro error potencial puede cometerse al aplicar de manera superficial los conceptos analíticos y caer en un reduccionismo psicológico tratando de explicar la creatividad individual a través de los procesos inconscientes.

Me parece que una parte del interés psicoanalítico actual por la Literatura reside en las características de la “nueva novela” o “novela moderna” que aparece como tal entre 1913 y 1930 con Proust, Faulkner, Joyce, Hemingway y Kafka, quienes, al igual que los impresionistas en la pintura, dieron un giro innovador a la forma tradicional del arte literario.

Mariana Frenk (1961),⁴ resume con sencillez las cualidades de esta nueva y atrayente variedad en el género que se caracteriza porque rompe con la estructura tradicional mediante varios recursos. Por ejemplo –nos dice– el diálogo y el monólogo interior sustituyen al narrador, de manera que hechos y personajes establecen un contacto inmediato con el lector; los sucesos se hacen relativos al ser enfocados desde varios ángulos; el lector se vuelve activo, creador de una lectura ¿distinta? con los elementos proporcionados por el autor; la lógica sintáctica se altera o se abandona; la descripción es substituida por la alusión y la evocación; se insertan elementos irreales o fantásticos en una trama realista; se privilegian los detalles aparentemente insignificantes y lo espectacular se escamotea y se expresa aludiendo a algo incógnito; y, por último, existe un desorden cronológico propositivo que disloca las secuencias temporales lineales y la trama se emancipa de las leyes del tiempo, fragmentando la “realidad de la novela” en pequeñas realidades parciales que toca al lector conjuntar en una unidad superior de comprensión.

Me pregunto si estas características de la “novela psicológica moderna” como la denomina León Edel (1955),⁵ podrían ser similares a las que tiene una sesión terapéutica: la escucha del psicoanalista no se dirige al narrador-paciente en sí, sino al monólogo-interior que plantea a través de su discurso, compuesto por ideas, pensamientos, anécdotas y personajes que hacen evidente no sólo al sujeto-paciente, sino a sus escenarios, sus tiempos, sus relaciones de objeto; los nexos lógicos están rotos por la asociación libre; la alusión y la evocación de afectos se incorporan a la transferencia; en el aquí y ahora de la sesión se insertan

elementos fantasmáticos del pasado y del inconsciente; el material se reduce a lo insignificante o a lo prolijo, en tanto que lo espectacular se esconde de manera defensiva y, sobre todo, el orden temporal se fractura y deja de tener importancia el tiempo verbal en que se expresa el inconsciente.

De esta manera el psicoanalista, al igual que el lector-activo de la novela actual, habrá de privilegiar el sentido de la comunicación y la enunciación del lenguaje para descodificar, interpretar y dar un significado nuevo o diferente al material de cada sesión analítica, utilizando para ello reglas y formas comunes a la gramática y a la hermenéutica, principalmente la metáfora, giro por semejanza; la sinécdoque, giro por conexión; y la metonimia, giro por dependencia.

En la situación psicoanalítica, además, nos encontramos con la dicotomía del paciente-autor que se observa a sí mismo reflejado en la transferencia que establece con un psicoanalista-escucha-lector que a la vez es persona real y personaje idealizado, a quien comunica los sucesos de su vida y de su emoción, y quien trata de distinguir lo que es inconsciente, conflicto o deseo, de lo que es consciente, defensa y trampa transferencial de entre la maraña de ideas y afectos que lo llevaron al diván.

Uno de los motivos al escribir este trabajo, puede encontrarse en el afán por responder a las frecuentes preguntas que nos hacemos los lectores ante una obra literaria: ¿hasta dónde es realidad, hasta dónde fantasía lo que estoy leyendo? ¿es verdad que sólo se trata de un “mera coincidencia cualquier semejanza con personas vivas o muertas” lo que se advierte en las novelas? ¿hasta dónde llega la imaginación creativa del autor, hasta dónde sus propios recuerdos, hasta dónde el recuento vivo de sus informantes? Para el psicoanálisis, la diferencia entre lo imaginario y lo real, entre lo fantástico y lo concreto, reside en la capacidad del individuo para distinguir el origen interno y externo de los estímulos que percibe acorde con la vigencia de los procesos primario y secundario del pensamiento; ambos son válidos, ambos existen y son parte integrante del mundo psíquico del hombre.

Freud (1908),⁶ encontró las relaciones que existen entre el juego infantil, la fantasía y la creación literaria, y descubrió la gran dificultad con que tropezamos los hombres para contar nuestras fantasías: “...(en cambio), *el adulto se avergüenza de sus fantasías y las oculta a los demás; las considera como cosa íntima y personalísima, y, en rigor, preferiría confesar sus culpas a comunicar sus fantasías y no sospecha en absoluto la difusión general de creaciones análogas entre los*

demás hombres”. Aquí la sorpresa del lector “¿Cómo así? ¿Entonces hay gente que incluso puede escribir lo que yo me oculto?” El autor y su obra hacen evidente, en este sentido, lo que los convencionalismos, el temor y la represión callan.

Pero no sólo esto, las emociones se “mueven” en el interior de cada quien, nos “identificamos” con el protagonista y con la trama de una película, cerramos los ojos ante una escena violenta, las características del personaje se nos hacen comunes y hasta conocidas, a pesar de que en la vida cotidiana podamos reprobarlas, somos empáticos o antipáticos ante el relato de algún acontecimiento o con las escenas de la noticia en algún lugar lejano.

Podemos decir que dentro del resurgimiento de la literatura latinoamericana, Juan Rulfo (*Pedro Páramo*) aparece como indudable continuador de una línea literaria que había quedado poco explotada hacia dos generaciones, y planteada con los autores clásicos de nuestro idioma. Rulfo mueve a sus personajes tanto en el “mundo externo” como dentro de ellos mismos, en su mundo de imaginación oscilante entre la fantasía, el sueño, la evocación dolorosa y la realidad abrupta. A veces sus personajes aparecen más cerca del presente—tiempo detenido—en el que se mueven fatalmente proyectados hacia su fin (que se convertirá en pasado, luego y recién acaben de morir). Mundo mágico de ensueño, prevalece el duermevela abrasador en la boca del infierno y la Comala-pueblo encima de ella; abajo andan los muertos tatemándose y penando sus almas acaloradas.

Llama la atención desde el principio el recurso de la disociación, utilizando literariamente a lo largo de la novela a manera de contrapunto en la descripción, pero similar al mecanismo psíquico. De esta manera observamos simultáneamente, tanto en el personaje como en el desarrollo de la novela a un Pedro Páramo “real”, el de la conciencia, asible retrato escrito del cacique, mísera realidad y destino del campo mexicano, macho, astuto, cruel, engañoso y voraz; y un Pedro Páramo “irreal” el de la inconsciencia, latente en su rico contenido de fantasías desde el que puede decir que todo aquello que oculta con su fachada, principalmente los contenidos reprimidos de su afecto. El pueblo, que en ocasiones es vergel apacible, donde la tierra-madre ofrece sus frutos al trabajo de sus hijos campesinos, se transforma luego en árido desierto, páramo infértil, puerta de un infierno que no puede ser más inhóspito ni aciago que ese otro co-mala-madre, de senos enjutos y secos. Dos ritmos quedan así propuestos en el planteamiento de la novela: uno, literario, gramatical acompasado que

responde por su cadencia suave y grata; y dos, el que conlleva el tiempo emocional a través de un hilo de comunicación inconsciente que se apodera paulatina e insidiosamente de la novela y del lector, como si todos los personajes hablaran con sordina, desde lo más hondo de Pedro Páramo. Si viéramos desde afuera a este personaje-protagonista, parecería aplanado, señor feudal, sin gracia ni pasión, monótono y transparente, sin secretos. Son los otros, “personajes-objetos” que contiene la novela, los que le dan brillo y movimiento, temibles como todo lo inconsciente, pero atractivos a la vez, pobladores de un mundo de magia y de fantasmas donde el tiempo se mueve como en un espiral sin espacio y donde las palabras resuenan y se agotan para adquirir su verdadero significado de imagos, en el eco de la eterna contradicción entre la vida y la muerte.

Costumbrista, impregnada de olor a pueblo viejo y la de nostalgias, la narración del Rulfo, (1955),⁷ nos sitúa en un lugar de tierra fértil y de lluvias torrenciales. De origen campesino, la historia se desenvuelve acusada por el manejo expresivo del lenguaje de una raza mestiza que pretende ser diferente, más alta dentro de su casta, pero que no puede deshacerse de su componente indígena y marginado. Una casa de dos patios, amplios corredores con macetas, repisas con imágenes Lo rutinario, la monotonía de la vida, el olor del maíz desgranado, del chocolate molido, de la lluvia que moja la tierra, del aire que la levanta cuando se seca. Comodidad y abrigo, poca preocupación que no sea por las tareas habituales rutinarias en el campo y en la casa campirana y hogareña. Una abuela quejumbrosa pero resignada: “... Lo miró con aquellos ojos medios grises, medio amarillos, que ella tenía y que parecían adivinar lo que había dentro de uno... si yo tuviera mi casa grande, con aquellos grandes corrales que tenía, no me estaría quejando. Pero tu abuelo le jerró con venirse aquí. Todo sea por Dios...” Una madre entrometida, curiosa y preocupada, dolida y siempre triste, pendiente de todo: “¿Qué tanto haces en el excusado, muchacho? –Nada mamá... –Te digo que salgas del excusado muchacho. –Si mamá, ya voy... Alzó la vista y miró a su madre en la puerta. –¿Por qué tarda tanto en salir? ¿Qué haces aquí? –Estoy pensando. –¿Y no puedes hacerlo en otra parte? Es dañoso estar mucho tiempo en el excusado, además, deberías de ocuparte en algo. Por qué no vas con tu abuela a desgranar maíz? –Ya voy mamá, ya voy”. El padre duro desilusionado, rígido, exigente: “... Es un inútil, un flojo de marca... he intentado mandarlo al seminario para ver si al menos eso le da para comer y mantener a su madre cuando yo les falte; pero ni a eso se decide... No se cuenta con él

para nada, ni para que me sirva de bordón cuando yo esté viejo. Se me malogró...”

Pedro Páramo: hijo único de un padre distante y decepcionado y de una madre omnipresente que hostiga con sus constantes preguntas. Una abuela mandona, pesarosa y fría, preocupada solamente por los rezos. Mundo de mujeres religiosas, sombrías y tristes, endurecidas por el dolor, temerosas de la muerte y del castigo de Dios, sollozantes nada cálidas, unidas en contra del varón y al mismo tiempo sometidas a su ley. A lo largo de la novela (es interesante hacerlo notar) no aparece ninguna palabra en diminutivo que indique ternura y acercamiento en la relación con otras personas; muy al contrario, se percibe la dureza del trato, las reclamaciones, las exigencias y la desconfianza. Un mundo de soledad, no hay hermanos; se sospecha de infertilidad secundaria de la madre por sus actitudes fóbicas, o quizás hasta por una lactancia prolongada y colecho con el hijo, que impide el coito con el marido. El padre, desengañado, resulta impotente para heredarle otra cosa que no sea ese mundo frío, enloquecedor y amenazante. De esta manera, a Pedro Páramo sólo le queda la posibilidad de encerrarse en el otro lugar, en el de la actividad fantaseosa de la mente, fantástica del pensamiento, en aquel otro mundo donde, al solo conjuro, las cosas suceden sin demora, donde al llamado del deseo, surge la imagen alucinada, que si bien es irreal, gratifica al menos parcial y momentáneamente. A propósito de esto nos dice Freud (1908):⁶ “... El hombre feliz jamás fantasea, y si tan solo el insatisfecho. Los deseos insatisfechos son las fuerzas impulsoras de las fantasías, y cada fantasía es una satisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria”.

Pedro Páramo: el niño, encerrado siempre en la casa, en el excusado, en su cuarto, oyendo la lluvia en el patio, en el campo, en las lomas verdes. Prendido siempre de la visión del afuera que se confunde con la visión del adentro. El pensar, el recordar, el jugar con las ideas y las imágenes, con todo lo que encuentra a su alrededor y dentro de sí mismo: “... Oyó: el perdón de los pecados y la resurrección de la carne. Amén... ¿Por qué no has ido a rezar el rosario? Estamos en el novenario de tu abuelo. Allí estaba su madre en el umbral de la puerta, con una vela en la mano. Su sombra corrida hacia el techo, larga desdoblada. Y las vigas del techo la devolvían en pedazos, despedazada”. Se refugia pensando: “... En ti, Susana, cuando volábamos papalotes en época del aire que nos hacía reír, que juntaba la mirada de nuestros ojos mientras el hilo

corría entre los dedos detrás del viento... Hasta que el pájaro del papel caía en maromas arrastrando su cola de hilacho, perdiéndose en el verdor de la tierra... Tus labios están mojados como si los hubiera besado el rocío... El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde, por el crepúsculo ensangrentado del cielo..."

El afecto depresivo que acompaña los primeros recuerdos de Pedro Páramo es evidente. Puede decirse que su historia será la historia de sus pérdidas; con ojos pétreos habrá de mirar dentro de sí buscando algo que le llene, escarbando en el ansia de una identidad nunca tenida. En cambio, él sí podrá dar identidad a todos sus hijos, todos serán de él, todo será suyo, aunque él mismo no se pertenezca. Esto tiene relación con su propio fin: Juan Preciado, único hijo legítimo de Pedro Páramo quien yendo por los caminos—moderno Telémaco—en busca de su anhelado padre, bajo la consigna de la madre: *"...No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro, lo que estuvo obligado a darnos y nunca nos dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro"*, lo que nos plantea que la condición esencial para que el joven salga en busca del padre que integre su identidad, es la necesaria separación de la madre, y aquí de nueva cuenta, la calidad depresiva, doliente y rencorosa bajo la cual se encuentra la identidad masculina.

Juan Preciado tropieza en el camino con Abundio, el arriero sordo que lo encamina a su destino, hijo también de Pedro Páramo, quien resulta ser el vengador de todos los hijos abandonados y dejados; él, abundado en rabia, es el que da muerte a Pedro Páramo en aquella edípica encrucijada, entre los caminos de la Media Luna y de Comala. ¿Qué otro destino podría esperar Pedro Páramo, un hijo abandonado, que no sabe de otra cosa que abandonar a su vez a sus propios hijos? Pedro Páramo está muerto, pero también es "un rencor vivo", es decir, vive en el ánimo de la gente que lo conoció, que lo padeció.

La ambigüedad del principio de la novela, nos hace sentir el desconcierto que impide a los hombres entenderse a sí mismos. Efectivamente, Juan Preciado habrá de encontrar a su padre en el mundo de los muertos, donde además estará en contacto con toda su historia, con las cosas que sólo se recuerdan en el más allá, las que no habrán de decirse en la vida; lo aciago quizás, la fantasía de la vida en la tumba, el enterarse allí de todo lo que se negó, sin posibilidad de cerrar el entendimiento, todo "lo que pudo ser y no fue", la novela familiar, el incesto entre hermanos y el castigo; los muertos en fin, que, enterrados vivos—la duda siempre existe—, regresarán así a la vida, fantasía espeluznante que de acuerdo

con Freud (1919),⁸ *"es la transformación de otra, que en su origen, nada tuvo de espantoso, sino que, por el contrario, se apoyaba en cierta voluptuosidad: la fantasía de la vida en el vientre materno"*.

La novela, de manera similar al tratamiento analítico de un paciente nos informa poco a poco, nos permite reconstruir las partes que conforman toda la historia con los datos manifiestos y latentes de cada palabra, de cada sueño, de cada actitud, de cada fantasía. Juan Preciado recuperó a su padre, pudo observarlo, se enteró de lo que habría sido, de su manera de vivir y de pensar, de su angustia, de su muerte, lo vio como fue, como quiso imaginarlo, como lo suponía, como lo deseaba: a fin de cuentas, nunca lo tuvo, ya no importaba, no lo tendría más. Lo entendió al final de su vida, lo vio sentado en su equipal a la vera del camino, solo como siempre, lo vio dolerse por su última pérdida, la que no pudo recuperarse más: la muerte de la mujer amada, por la que esperó y soportó la espera, por la que construyó su feudo. *"...Esperé treinta años a que regresaras Susana. Esperé a tenerlo todo. No solamente algo, sino todo lo que se pudiera conseguir del modo que no nos quedara ningún deseo, sólo eso, el tuyo, el deseo de ti..."*

El esquema del duelo planteado por Rulfo es interesante. Pedro Páramo es un soñador solitario, escindido y esquizoide que ha incorporado parcialmente sus objetos, los que a su vez de manera característica, forman parte de una pareja. Pedro Páramo es un frustrado separador de parejas, incapaz de relacionarse de otra manera que no sea la triangular. En su estructura esquizoparanoide, la disolución de la pareja se realiza sólo mediante la deseada muerte de uno de sus componentes; pero para él, esta solución ideal lo vuelve a dejar solo y su intento se transforma en aflicción, culpa y ansiedad; surgen entonces las defensas, escisión, negación, identificación proyectiva, introyección que le permiten anular el grave componente de culpa persecutoria. Lo vemos repetidamente: para ligarse con Susana San Juan, tendrá que esperar a que muera el marido, luego habrá de separarla de su padre Bartolomé mandándolo matar, y al final luchará contra el cura Rentería a quien le interesaba el alma de Susana, cuando a él le importaba sólo su cuerpo. Cuando muere Miguel, su único hijo reconocido, piensa que ha comenzado a pagar, manda matar al caballo porque el animal sufre, sin darse cuenta de que era la centáurea pareja del hijo la que le impidió tenerlo como suyo. Mucho antes, frente a la muerte del padre que desintegró el débil funcionamiento familiar, Pedro Páramo se identifica con la imagen idealizada del padre que nunca fue, que nunca tuvo. Arrasa con

todos los que pudieron haber matado a Don Lucas, pero su venganza tiene más de identificación proyectiva que de furia doliente, al actuar con ella su propia e inconfesable fantasía parricida.

Pienso que en el principio, era la manía, aspecto bien disfrazado en Pedro Páramo cuya estructura se antoja más psicopática, –no olvidemos de todas formas, la profunda relación clínico-dinámica entre manía y, depresión y narcisismo y psicopatía y paranoia–. Vista de cerca, la reseña descriptiva del personaje nos lo presenta aislado y frío, tiránico y controlador de su enojo, calculador de los beneficios ávido de poder y satisfacción, es básicamente defensiva de los contenidos inconscientes de ansiedad, culpa y depresión por el abandono.

González Pineda (1961)⁹ subraya una de las características de los caciques: “la enorme satisfacción y orgullo que manifiestan por el hecho de tener poder”. Sabiéndose envidiados, admirados y temidos corroboran que son poderosos. “El anhelo inmoderado de poder parte de una necesidad básica de obtener todo lo deseable en el mismo momento en que se desea [en forma directa, legítima o agresiva] y asegurarse de antemano que habrá manera de escapar de todos los ofendidos por esta agresión... Para el hombre que anhela el poder por el poder mismo, la satisfacción buscada es llegar al punto donde pueda contemplar a los demás humanos sometidos a él; pero en su realidad inconsciente, [los sometidos] siempre serán un terrible peligro [y por lo tanto] generan un gran temor que lo que [motiva al tirano] en su diario actuar [violento y defensivo] ... [tratando de proteger, siempre de manera narcisista, tanto el objeto de su deseo como a sí mismo]”. El origen temprano de esta manera de ser reside en la exigencia primitiva infantil de obtener satisfacción con prontitud y sin medida: “Si el niño recibe una frustración, odia; entonces desea que el que lo frustró desaparezca, no importa que media hora después lo necesite y exija su presencia. El cacique hace lo mismo ... si alguien le estorba, lo mata o lo hace huir ... aquí, los deseos infantiles se hacen realidad, el cacique, niño-adulto, logra transformar sus fantasías infantiles en realidades psicopáticas ... hace actuar a los demás sometidos a él como una madre sometida a los caprichos de un chico consentido, una madre un poco retobona y quejumbrosa, pero siempre complaciente”.

La reseña teórica de la cadena secuencial de fenómenos psíquicos, que se inicia al rebasar el umbral tolerado de privación, nos indica que se produce frustración, después agresión, luego angustia, poste-

riormente defensa maníaca, en seguida inhibición, y al final, retorno de lo reprimido, (lo siniestro), y formación del síntoma a través del compromiso mental, lo que es fácilmente reconocible en el personaje que nos ocupa, quien comienza por escindir su Yo para negar la realidad, la culpa y la tristeza, para echar a andar la fantasía de control omnipotente, por medio de la cual pretende dominar todas aquellas situaciones que le puedan producir desamparo y ansiedad; se identifica con los objetos de los que puede obtener la sensación de poder, apropiándose de sus rasgos, envidiando sus posesiones y acaparándolas; proyectando todos aquellos aspectos indeseables y negativos de sí, depositándolos afuera y aparte, en quien sea. Es así como Pedro Páramo, nuestro inventado paciente de Rulfo, compra su libertad a sus perseguidores-objetos-internos-insatisfactorios a un precio que va más allá de sus propios alcances, a expensas del desconocimiento egoísta de lo que los demás a su alrededor le ofrecían espontánea y genuinamente; para acabar a fin de cuentas, liquidado por las vicisitudes de su propia incertidumbre.

Me queda sólo preguntar dudoso junto con ustedes ... todo esto ... ¿qué idea peregrina? ... pero creo que lo conozco ... ¿dónde la habré visto? ... quizás ... ya recuerdo, allá, en Comala, donde están la palabra y el afecto, el lenguaje y la acción; en aquel lugar que ostenta todos los rostros y que oculta uno; en la presencia escuchada del vacío; en el diálogo deseado de los sueños; en la nostalgia de la ausencia y en la liberación que encadena; en la imitación del pasado, en la realidad negada, en la verdad escindida. En lo inconsciente.

BIBLIOGRAFÍA

1. Bettelheim B. (1975) *The uses of Enchantment*. New York: Alfred A. Knopf. 1976. p. 3.
2. Niederland WG. The first application of psychoanalysis to a literary work. *Psychoanalytic Quarterly*. 1960; 29: 228-235.
3. Freud S. (1907). *Delusions and dreams in Jensen's Gradvia*. SE: 9:7-94. London: Hogarth Press Ltd. 1971.
4. Frenk M. (1961). Pedro Páramo. *Revista Universidad de México*. 1961; XV (11): 18-21.
5. Edel L. (1955). *The modern psychological novel*. New York: Grosset & Dunlap. 1964. pp. 27-34.
6. Freud S. (1908). *Creative writers and day-dreaming*. SE: 9:145-146. London: Hogarth Press Ltd. 1971.
7. Rulfo J (1955). Pedro Páramo. México: Fondo de Cultura Económica. 1969, pp. 7, 16-19, 24, 86.
8. Freud S. (1919). *The uncanny*. SE: 17. London: Hogarth Press Ltd. 1971, p. 244.
9. González PF. (1961) *El Mexicano. Psicología de su destructividad*. México: Editorial Pax, 1970. pp. 204-205.